

DISCURSO ANTITERRORISTA Y CONTEXTO POLÍTICO
Certezas y ambigüedades en el tratamiento en medios de prensa occidentales
del atentado del 29 de marzo de 2010 en el Metro de Moscú

Pablo Costantini y María Cecilia Pereira
Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Luján (Argentina)
pgcostan@arnet.com.ar; ceciliapereira@arnet.com.ar

Resumen

El presente trabajo se centra en el análisis del tratamiento dado por seis medios de prensa occidentales al atentado del 29-3-2010 en el Metro de Moscú. Muestra cómo el suceso activó en un primer momento representaciones ya consolidadas sobre la naturaleza de la guerra contra el terror, para dar lugar poco más tarde a significativos desplazamientos en la caracterización del hecho y el lugar asignado a los actores. Finalmente, con el propósito de explicar la redefinición del hecho, postula un vínculo entre el desplazamiento registrado y el papel particular que en los últimos años viene asumiendo Rusia en las relaciones internacionales.

Palabras clave: medios de prensa; terrorismo; retórica antiterrorista; política exterior rusa.

Es probable que guerra y discurso hayan estado asociados desde tiempos muy remotos, aunque solamente la aparición de la escritura permitió que llegaran hasta nosotros testimonios de ello. Podemos encontrarlos, entre otros ejemplos, en poemas épicos e himnos funerarios asirios del segundo milenio de la era precrisiana o en los discursos deliberativos que Tucídides recoge, en forma estilizada e idealizada, en su *Historia de la guerra del Peloponeso*. Mucho más tarde, con la invención de la imprenta, la propaganda de guerra comenzó a adquirir posibilidades de difusión de alcance hasta entonces impensable (1).

Las dos guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX pusieron por primera vez sobre el tapete la necesidad de una organización y movilización “total” de la población de las naciones beligerantes, tanto en el frente como en retaguardia (Forster 2007), y con ello la labor de persuadir a soldados y civiles de la justicia de la propia causa y de la absoluta necesidad de luchar hasta la victoria creció exponencialmente. Un salto cualitativo en la cuestión se da con el surgimiento de la teoría de las “guerras de Cuarta Generación” (2). En ese marco, la propaganda de guerra, directa o indirecta y apoyada en medios de comunicación diversificados y de mayor alcance, ya no es concebida como un aspecto auxiliar, más o menos importante, de la estrategia bélica, sino como parte integral de ésta.

El formato de los discursos bélicos ha venido mostrando a lo largo de siglos marcadas regularidades. El mapa argumentativo puede sintetizarse: el derecho que asiste a la propia causa y su moralidad, la deslegitimación de los objetivos del enemigo, la presentación de éste como agresor (real o al menos potencial) y la condena de sus métodos de lucha, la certeza del triunfo final, la celebración de las victorias y de los actos heroicos que las posibilitaron son elementos prácticamente infaltables. Pero, a la vez, cada conflicto (y cada bando participante

en él) suele generar una retórica particular, con sus modos específicos de construcción argumentativa.

Nuestro trabajo mostrará cómo el atentado de marzo de 2010 en el Metro de Moscú activó en los medios de prensa occidentales que hemos estudiado, con algunos matices, la mayoría de los temas centrales de un discurso antiterrorista ya trazado con anterioridad y el funcionamiento de su matriz ideológica. Pero, simultáneamente, subrayará cómo incidió en la orientación del tratamiento del suceso la perplejidad de algunos medios acerca del papel que desempeña Rusia en política internacional y, coyunturalmente, sus vínculos con Venezuela. En el análisis consideramos el material publicado en dos diarios argentinos, *La Nación* y *Clarín*, y en los medios internacionales *El País* (España), *Le Monde* (Francia), *The New York Times* y *The Washington Post* (Estados Unidos) durante las dos semanas posteriores al atentado, período de mayor cubrimiento del tema.

La fundación retórica de la “guerra contra el terror”

El momento fundante de la retórica de la guerra contra el terror y del concepto en sí mismo puede situarse sin duda en el discurso que el presidente George W. Bush dirigió a las dos cámaras del Congreso, a la nación norteamericana e, indirectamente, al mundo entero, poco después del atentado contra las Torres Gemelas, el 20 de septiembre de 2001 (Bush 2001). Nos serviremos de herramientas que la tradición retórica ha construido para el análisis técnico de las argumentaciones con el fin de estudiar este discurso, en el que se construye la representación de la campaña contra el terror, para ponerlo luego en relación con el tratamiento periodístico del atentado en Moscú.

Más allá del género que se aborde (en nuestro caso, una arenga política, editoriales, notas informativas y comentarios periodísticos), la perspectiva retórica subraya que el punto de partida de los argumentos desplegados en un discurso postula o presupone la conformidad del auditorio (Perelman y Olbrechts-Tyteca 1989: 119-135). Esto es, los discursos que buscan convencer o consolidar creencias se construyen proponiendo acuerdos que funcionen como “premisas”, presentadas de modo que no resulten discutidas. Para la tradición retórica, el “acuerdo” sobre estas premisas iniciales (cuya elección tiene de por sí valor argumentativo) es lo que autoriza un proceso de transferencia de la adhesión: de las premisas hacia las conclusiones que se pretende extraer. Ese proceso, construido discursivamente, responde a la lógica de un “acuerdo” aún más global que incluye no solo la conformidad sobre el punto de partida (objeto de creencia o adhesión), sino también representaciones a compartir con los receptores sobre los enlaces admisibles (relaciones causa/consecuencia; relaciones medio/fin, entre otras) y disociaciones (criterios de distinción) consideradas razonables, todo lo cual permite montar los procedimientos argumentativos más diversos.

Entre los objetos de acuerdo que se construyen para los públicos heterogéneos se ubican los que versan sobre los hechos y los que se ocupan de las verdades. Ciertos datos aluden a una realidad que es vista, por un grupo, como objetiva y designan lo que los miembros de ese

grupo consideran real. Lo que el análisis argumentativo considera un “hecho” es justamente ese dato que se sustrae –al menos provisoriamente– a toda justificación o proceso demostrativo porque se impone a todos sin discusión, porque no resulta controvertido. Así, en el mencionado discurso de Bush, en el segmento que las retóricas caracterizan como la “narratio” –un relato que prepara el terreno para la aceptación de argumentos a favor del punto de vista del orador– se construye un acuerdo de base sobre los hechos: el 11 de septiembre se cometió un “acto de guerra” (3). Esta carátula que bautiza el acontecimiento es el punto de partida de un conjunto de argumentos que, de un modo u otro, construyen ese objeto del discurso siguiendo el recorrido tópico clásico: los lugares de la persona (¿quién ha cometido el acto de guerra?), de la causa (¿por qué?), del fin (¿para qué?), etcétera.

En lo que se refiere a los atacantes, la guerra contra el terror no tiene como enemigos una nación o un Estado, sino grupos asociados a regímenes políticos (en el discurso de Bush, los talibanes afganos) o a corrientes religiosas (el fundamentalismo islámico). En relación con ellos, el enemigo se materializa en personalidades con una presencia verbal importante -sus comunicaciones son equivalentes a las de los ministerios de guerra de los conflictos bélicos tradicionales–, pero –aunque buscados en todas partes– suelen resultar inhallables. “¿Quién atacó a nuestro país?”, dijo Bush en el discurso del 20 de septiembre, y continuó: “las pruebas que hemos reunido apuntan todas a una colección de organizaciones terroristas conocida como Al Qaeda [...]. Este grupo y su líder, una persona llamada Osama bin Laden, están ligados a muchas otras organizaciones en diferentes países, incluyendo la Yihad Islámica egipcia, y el Movimiento Islámico de Uzbekistán”. Definido al comienzo como una red terrorista, el omnipresente enemigo (“hay miles de estos terroristas en más de 60 países”) es mucho más que eso, e incluye a los países cómplices: “perseguiremos a las naciones que proporcionen ayuda o refugio al terrorismo”. Estos “herederos de todas las ideologías asesinas del siglo xx” son, según Bush, capaces de emplear las estrategias más bárbaras: “Las directivas de los terroristas les ordenan matar a cristianos y judíos, matar a todos los estadounidenses y no hacer distinción entre militares y civiles, incluyendo mujeres y niños” (4). A lo largo del discurso, lo que inicialmente aparece como una guerra que involucra a los Estados Unidos, se amplifica para abarcar a las naciones democráticas, a las naciones islámicas, puesto que los terroristas son en realidad “traidores a su propia fe”, que tratan de apoderarse para sus fines “de maldad y destrucción” del verdadero Islam. En última instancia, “es una lucha del mundo [...] una lucha de la civilización” (5).

La causa que explica los ataques es el hecho de que estos grupos, calificados de bárbaros capaces de experimentar las más condenables pasiones, rechazan visceralmente la democracia parlamentaria y las libertades de Occidente: “Los estadounidenses se están preguntando: ¿por qué nos odian? Ellos odian lo que ven aquí, en esta Cámara, un gobierno democráticamente elegido. Sus líderes se designan a sí mismos. Nos odian por nuestras libertades: nuestra libertad de religión, nuestra libertad de expresión, nuestra libertad de votar y congregarnos y de estar en desacuerdo entre nosotros”.

El discurso de Bush construye así acuerdos en relación con los hechos y también en relación con lo que Perelman llama “verdades”: sistemas complejos de enlaces entre los hechos de los que devienen concepciones del mundo. El discurso de la “guerra contra el terror” representa el atentado como un acto de guerra contra su sistema de verdades: un estilo de vida libre y democrático. Entre los hechos y las verdades existen nexos que sostienen el proceso de transferencia del acuerdo: “la certeza del hecho A, combinado con la creencia en el sistema S. [...] supone aceptar B” (Perelman y Olbrechts-Tyteca 1989: 125). En este caso, B son ciertas formas de defensa, los presupuestos solicitados para armamento, los sistemas de seguridad, la creación de nuevos organismos estatales, los nombramientos de funcionarios, para enumerar solo algunos de los requerimientos planteados por Bush en el discurso. Así, quedan justificados todos los recorridos del mapa argumentativo que habíamos mencionado: la necesidad de medidas extremas (“La única manera de derrotar al terrorismo como una amenaza a nuestra forma de vida es detenerlo, eliminarlo y destruirlo donde quiera que crezca”; “llevaremos a nuestros enemigos a la justicia o la justicia a nuestros enemigos”), los variados modos que adoptará la guerra (diplomáticos, de inteligencia, jurídicos, financieros, militares) y el carácter prolongado de una lucha (“Los estadounidenses no deben esperar una batalla, sino una larga campaña como no hemos visto ninguna otra jamás”; “nuestra guerra contra el terror [no] terminará hasta que cada grupo terrorista de alcance mundial haya sido encontrado, detenido y vencido”) que no deja sitio alguno a la neutralidad: “Todas las naciones en todas las regiones deben tomar ahora una decisión, o están con nosotros o están con los terroristas”.

Varios de los temas centrales de Bush fueron ampliados en febrero de 2002 en una declaración, titulada *What We're Fighting For*, de una sesentena de intelectuales y académicos (6). En los siguientes años, del mundo académico y organizaciones cercanas a él emanó una extensa literatura respecto del genéricamente llamado “nuevo terrorismo” y sus supuestas características: asalto al poder secular (Halfmann 2003); organización en redes, estructura laxa, con las consiguientes dificultades de identificación, demandas vagas o inexistentes, y por ende innegociables; objetivos indiscriminados y dispersos globalmente (Bergesen y Lizardo 2004); fuerte basamento religioso y nacionalista; marcada orientación antioccidental (Witker 2005); nihilismo y reducción de la política a símbolos apocalípticos (Benhabib 2007) (7).

En Estados Unidos, por otra parte, los grandes medios de prensa y de comunicación en general se alinearon de manera prácticamente unánime con los postulados básicos de la guerra contra el terror (Altheide 2007) y este consenso permaneció firme a lo largo de toda la década, aunque menudearan las divergencias en cuanto a las estrategias concretas, los medios de lucha a privilegiar y la oportunidad o no de ciertas políticas. Un consenso que, con matices, reprodujo la mayor parte de la prensa del mundo occidental.

¿Qué ocurrió en Moscú?

En la mañana del 29 de marzo de 2010 se produjo un doble atentado suicida en las estaciones Lubianka y Park Kultury del Metro de Moscú: con menos de una hora de diferencia, dos

mujeres hicieron estallar explosivos que llevaban adheridos a sus cuerpos, y mataron a casi cuarenta personas.

Al estudiar el tratamiento que dieron inicialmente los medios de prensa al atentado observamos regularidades que permiten ubicar el hecho –aún con sus particularidades– como un capítulo más de “la guerra contra el terror”. El diario *Clarín*, que presenta como volanta de la nota el anuncio “Terrorismo en Rusia”, caratula el hecho como un “ataque” cuyo antecedente es un atentado contra el tren que va de Moscú a San Petersburgo (el Nevsky Express) perpetrado por “extremistas islámicos” (8). *La Nación* lo considera “el peor ataque que recibió la capital rusa en los últimos seis años” y cede la palabra al presidente Medvedev, quien aclara que “Rusia lanzará una guerra sin cuartel contra el terrorismo”, y al primer ministro Putin, quien promete que “los terroristas serán aniquilados” (9). El matutino madrileño *El País* cita también a Medvedev, quien asegura que los responsables “son simplemente fieras” (10). El *Washington Post* aprovecha el hecho de que una de las bombas estallara en las cercanías de la sede de los servicios de seguridad rusos para vincular el atentado con otros anteriores que tuvieron como blanco a agentes de la CIA en Afganistán y Pakistán (11).

En cuanto a los atacantes, cuando aún nadie se ha adjudicado el atentado los diarios señalan que han sido seguramente “grupos del Norte del Cáucaso, una región que incluye a Chechenia” o especifican que son “los insurgentes islamistas radicales del norte del Cáucaso” (12). Ni *Clarín* ni *La Nación* descartan al comienzo la denominada “pista extranjera” y que los autores del atentado tuvieran conexión estrecha con los talibanes afganos. Poco después, la responsabilidad por el atentado se materializa en una persona, adquiere un rostro: el del líder rebelde Doku Umarov, “el emir del Cáucaso”, un guerrillero checheno que quiere establecer un emirato islámico en toda la región y cuya política sería representativa de la “clara transformación de un grupo étnico separatista en un grupo religioso” (13). Esta figura, su colorida biografía y la de sus antecesores en el liderazgo, es objeto de notas especiales en todos los medios estudiados (14), en los que se evidencia una construcción equivalente a la de la descripción maniquea de Bin Laden u otros jefes terroristas.

La causa es el tópico tratado con menor claridad en las primeras notas. En la mayor parte de ellas, los conflictos anteriores en Chechenia son aludidos de manera vaga e imprecisa. La expresión “*tensión* (15) en el norte del Cáucaso”, una región “en la que se libraron dos cruentas guerras” (16), condensa la descripción dominante de la situación previa al atentado. *Clarín*, que menciona de este modo las guerras chechenas, concluye la primera nota sobre el hecho con la sentencia “Los *islamistas* han amenazado en reiteradas ocasiones con llevar sus acciones *terroristas* al corazón de la Federación Rusa para hacerse escuchar” (17). Para la corresponsal de *El País* en Moscú, el atentado tiene su origen en “una región marcada por la pobreza, las mafias y el radicalismo islamista”. “Pese a todas las medidas militares, policiales, administrativas y económicas adoptadas por Moscú, el Cáucaso sigue siendo un foco desestabilizador”, continúa diciendo, para aludir luego púdicamente a la segunda guerra chechena, desencadenada en 1999 “cuando el entonces jefe de Gobierno Vladímir Putin

reaccionó militarmente a la incursión de los separatistas chechenos”. A pesar de que “el Kremlin ha intentado diversos métodos para apaciguar la región”, el problema persiste y se agrava: “Con los años, los ‘nacionalistas étnicos’ se metamorfosearon en ‘terroristas islámicos’ y su guerra por la independencia, en una *yihad*, una ‘guerra santa’ que afecta la zona musulmana norcaucásica y que continúa hoy” (18). El *Washington Post* comparte esta visión: “La rebelión en el norte del Cáucaso comenzó en los años noventa como una campaña nacionalista para obtener la independencia chechena. En los años recientes se ha transformado en una insurgencia islámica que atrae el apoyo de otros grupos étnicos” (19). En esta línea de interpretación se inserta otra acerca de los motivos de los perpetradores directos, que apunta claramente a postular la irracionalidad de sus acciones y cabalga sobre la cuestión, fuertemente destacada por los medios, de que los atentados son cometidos por dos mujeres, “viudas negras” a las que “no impulsa una idea, sino el desamparo y la venganza”. Como resultado, “las mujeres se convierten en una poderosa arma terrorista en el nuevo panorama de la amenaza global” (20). En síntesis, los motivos religiosos, vinculados con prácticas extremistas que dan lugar a la justificación de una guerra sin cuartel contra un enemigo integrante de una red terrorista, configuran el modo en que se dan a conocer los hechos. Paralelamente, textos y fotografías tematizan insistentemente el dolor de los parientes y allegados de las víctimas, el pesar de la población moscovita y su intensa preocupación por la posible repetición de los ataques (21).

De las certezas a la incertidumbre

Lo que llama la atención no es el tratamiento periodístico del atentado en su primer momento, regido por la retórica a esta altura ya algo rutinaria de la “guerra contra el terror”, sino que, en los días posteriores, los medios van redefiniendo los acontecimientos y a los actores, e incluso llegan a delinear nuevos acuerdos sobre los hechos. La nueva línea tiene una temprana aparición en el *New York Times*, el 31 de marzo. La carátula de los hechos cambia: ya no se trata de un acto de agresión injustificable, sino que “las campañas terroristas suicidas son casi siempre el último recurso contra la ocupación militar extranjera. Chechenia es una poderosa demostración de este fenómeno en acción”. Sostiene también el artículo: “Los combatientes suicidas chechenos no encajan en los estereotipos populares, a pesar de los intentos del gobierno ruso por encasillarlos. Hace años que Moscú dice rutinariamente que son extremistas islámicos, muchos de ellos extranjeros, que quieren hacer del Islam la religión dominante en el mundo. Pero por más que Rusia intente convencer a Occidente de que esta batalla es parte de una guerra global contra el terrorismo, la realidad de quienes se convierten en atacantes suicidas chechenos –varones o mujeres– revela otra cosa”. Una pregunta pone en evidencia el desplazamiento de la cuestión, anclada ahora en una nueva situación argumentativa: “¿comprendemos realmente qué lleva a mujeres y hombres jóvenes a atar explosivos a sus cuerpos y matarse deliberadamente para asesinar a docenas de personas que concurren a sus ocupaciones cotidianas?”. La respuesta se delega en una cita del dirigente rebelde Abu al-

Walid, muerto en 2004, que los autores del artículo comentan de modo aprobatorio: “los motivos de quienes hacen estallar las bombas surgen directamente de sus experiencias con las tropas rusas” (22).

Se observa asimismo la aparición de ambivalencias en la orientación argumentativa de los enunciados de emoción. A comienzos de abril, *La Nación* editorializa sobre el acontecimiento: “Dolor y repulsa son los sentimientos dominantes frente a estos hechos atroces”, dice respecto del atentado, que atribuye al “movimiento terrorista de naturaleza islámica que anida en el Cáucaso”. Pero el primer ministro ruso también se lleva su parte: “Vladimir Putin ha hablado como no pocos de los gobernantes civiles y militares de la Argentina de los años setenta y, acaso, con menos eufemismo”, sostiene el diario. Y cita: “Los terroristas [...] son simplemente fieras. Los encontraremos y exterminaremos a todos”. “Putin –insiste luego– ha hecho recordar a los argentinos el decreto del gobierno de Isabel Perón de que debía ‘aniquilarse’ la subversión” (23). Dos días más tarde, en el mismo medio se amplifica la crítica: “Con él [Putin], Rusia ha tratado de restaurar el dominio territorial, como sucede con el envío de tropas a la ex república soviética de Georgia, y de imponer su voluntad, como sucede con el corte en la provisión de gas a la ex república soviética de Ucrania”. El comentario sentencia: “El capitalismo autoritario requiere una política agresiva. La violación de los derechos humanos y las mordazas de la prensa, así como los crímenes de periodistas, son precios ínfimos que, según los principios de Putin, merecen ser pagados” (24).

La causa de los atentados comienza también a desplazarse. “Es necesario recordar lo que son los atentados que acaban de ensangrentar a Moscú: una monstruosidad”, editorializa *Le Monde*. Pero las razones más profundas del asunto no hay que buscarlas solamente ni quizá principalmente en el campo del terrorismo: “hace ya diez años, sino más, que Moscú responde con fuerza bruta a las dificultades de una región profundamente desestabilizada. El ejército ruso ha infligido a Chechenia, que quería su independencia, algo que pocos países han padecido: decenas de miles de muertos civiles, [...] masivas transferencias de población” (25). *Clarín* caracteriza la segunda guerra chechena, marcada por “la virulencia de las acciones de las fuerzas rusas en las ciudades chechenas, los abusos entre la población civil y las cada vez más sangrientas *respuestas* que la *resistencia* fue dando en territorio local, pero también en la capital, Moscú” (26), para insistir días después, en nota editorial, en que el origen de los acontecimientos radica en “la devastadora guerra en Chechenia, en la que Rusia aplastó de manera sangrienta a la resistencia separatista” (27). Y el *Washington Post* no vacila en afirmar que es Rusia la que “nutre el radicalismo islámico”, tanto por las brutalidades que comete en Chechenia como por la “creciente xenofobia” que sufren los norcaucasianos y, en última instancia, por su entero sistema de gobierno, “construido sobre el monopolio político y la impunidad” (28).

Cambia asimismo la caracterización de quienes perpetraron el atentado en el Metro: ya no son, al menos siempre, “atacantes” o “terroristas”, ahora pueden ser también “combatientes” o “militantes” (29). Simultáneamente, se esfuman las vestimentas oscuras y los rostros velados

de las atemorizantes “viudas negras”, desaparece la imagen barbada del autoproclamado emir y surgen figuras, distintas, hasta entonces desconocidas: así, una pacífica emigrante chechena que reside en Moscú personifica en un reportaje del *New York Times* el miedo que “las mujeres originarias del norte del Cáucaso, particularmente de Chechenia” sienten ante el probable retorno de “los arrestos arbitrarios, los ataques xenofóbicos y la abierta hostilidad” que muchas experimentaron en tierra rusa después de cada atentado (30).

En resumen, el tratamiento periodístico del atentado en la capital rusa acaba por disolver los acuerdos básicos que lo inspiraron al comienzo. En ningún momento se pone en tela de juicio la matriz ideológica que opone la democracia, la libertad, en fin, la civilización, al horror y la barbarie terroristas. Pero ya no se puede asegurar si el hecho fue concretamente un ataque o una respuesta y un acto de resistencia ante los desmanes de un régimen tiránico, si las causas hay que buscarlas en las montañas del Cáucaso o, más probablemente, en el Kremlin; tampoco se sabe bien cómo calificar a quienes produjeron los atentados e interpretar sus motivos. Abandonadas las certezas iniciales, el discurso no consigue rearticularse del todo, oscila entre la condena del terrorismo checheno, una distribución más o menos simétrica de las culpas entre ambos bandos y la franca atribución de la responsabilidad a Rusia. A continuación, expondremos las razones que, a nuestro juicio, originan esta aparente desorientación.

Rusia, un aliado incómodo

En el marco de la estrategia de la campaña antiterrorista, Rusia apareció desde un primer momento como un aliado bastante firme en las proclamas, pero a la vez generador de dificultades. Ante todo, por las características del régimen ruso y de su política interior, muy difíciles de compatibilizar con la retórica que postula al “campo de la libertad” como protagonista de ese combate mundial contra el terror (31). Además, el apoyo ruso a la guerra contra el terror parecía sobre todo destinado a obtener consenso en la opinión occidental para sus propios objetivos en la materia, en particular para sus durísimas estrategias de represión de la insurgencia chechena (Russell 2007: 89 y ss.).

Pasada la mitad de la década fue poniéndose progresivamente de relieve una segunda y más importante cuestión. Tras un período de oscilaciones en materia de política exterior (Seleznova 2003), el régimen postsoviético comenzó a dar síntomas crecientes de dirigirse hacia el relanzamiento de una estrategia de gran potencia. Si desde la perspectiva occidental en general resulta molesta la hostilidad rusa ante la ampliación de la OTAN a los países del Este europeo, más aún irrita a los Estados Unidos la estrategia destinada a reconstruir el control de Moscú sobre el antiguo espacio soviético, en particular en el Cáucaso y en el Asia central (Nygren 2008), donde compite directamente con los intentos norteamericanos de consolidar su propia influencia (32). Preocupa la difusión e influencia crecientes del discurso ideológico eurasiánista, explícitamente antioccidental en sus postulados, que colocan a Rusia en el rol axial de un bloque euroasiático que ha de incluir al mundo islámico y cuyos intereses entrarán

inevitablemente en colisión con los del bloque atlántico (33). Pero, por sobre todo, causa alarma la proyección de la diplomacia rusa hacia el Oriente Medio y América Latina, con una orientación nada coincidente con la de los Estados Unidos, lo que genera, en especial en sectores conservadores norteamericanos, la percepción de que Rusia se dirige hacia un antiamericanismo militante (34).

El 2 de abril, pocos días después del atentado en Moscú, la reunión que mantuvieron en Caracas el presidente venezolano Chávez y el primer ministro Putin, en la que se llegó a acuerdos en materia de armamentos y explotación petrolífera, puso brevemente la cuestión de la actitud del Kremlin hacia Latinoamérica en el centro del escenario. La reacción de los medios que estudiamos fue unánimemente negativa: discusión del “armamentismo venezolano” y sus posibles efectos sobre el equilibrio de poder en América del Sur, preocupación por la penetración económica rusa en el área, sarcasmos sobre los proyectos aeroespaciales de Venezuela, incluidos en el acuerdo. Es muy posible que este suceso haya activado el recrudecimiento de las críticas al régimen ruso y su política en el Cáucaso, particularmente acerbas en los días siguientes en *Clarín*, *La Nación* y el *Washington Post*.

Aunque en general el asunto sea manejado con cautela, tanto en la diplomacia como en los medios de comunicación, la pregunta sobre la posición de Rusia frente a Occidente, amistosa, oscilante en función de consideraciones pragmáticas o potencialmente hostiles, parece haberse instalado en el orden del día.

Notas

(1) Un recorrido cronológicamente completo del tema de la propaganda de guerra puede encontrarse en Taylor (2003); véanse también los estudios pioneros de Domenach ([1955] 2005).

(2) El concepto comenzó su carrera cuando la crisis final del bloque soviético obligó a los estrategas de la OTAN a imaginar alternativas de conflicto. Los recientes conflictos de Cuarta Generación vendrían caracterizados por la abrumadora ventaja tecnológica de las grandes potencias y el consecuente recurso, por parte de sus adversarios, a formas de lucha no convencionales: insurgencia y terrorismo. Son, en esta visión, enfrentamientos “asimétricos” desde el punto de vista del poderío de los contendientes, en que se borran la mayoría de las distinciones habituales (paz y guerra, modo legal e ilegal de conducir las operaciones, combatientes y no combatientes, frente y retaguardia). A la vez, se considera que medios militares, políticos y propagandísticos deben asociarse para lograr un objetivo: la destrucción de la voluntad de lucha del enemigo. Al respecto, véase Nofi (2006).

(3) Diversas fuentes estadounidenses han afirmado que ya en 1996 Osama bin Laden, líder de Al Qaeda, produjo una formal declaración de guerra a los Estados Unidos. Véase al respecto Bergen (2008).

(4) Ben-Porath (2007) ha rastreado esta “retórica de la atrocidad” como justificación de intervenciones militares en el exterior también en presidencias anteriores a la de Bush. Señala además que, el paralelo con el nazismo en la construcción retórica del enemigo fue asimismo utilizado tanto por George H. Bush como por William Clinton. Por lo demás, acciones atroces e indiscriminada elección de los objetivos ya quedan fuertemente connotadas en los términos “terror” y “terrorismo”, seleccionados para definir al enemigo.

(5) Collet (2009) ha mostrado cómo la lucha de “la civilización contra el terror”, o bien contra la “barbarie”, fue tema recurrente de discursos posteriores de Bush.

(6) Véase Institute of American Values (2002). Entre los firmantes figuraban Samuel Huntington, Francis Fukuyama, Jean Bethke Elshtain, Michael Walzer, Daniel Moynihan y Amitai Etzioni. La declaración insistía en la pluralidad de

miras de sus autores, pasaba revista a los valores fundantes de la sociedad norteamericana e introducía una reelaboración de la doctrina agustiniana de la “guerra justa”, tema en el que insistirían luego Elshtain (2004), que ya lo había trabajado con anterioridad, y Walzer (2007). El título, cercano al de una famosa serie documental de Frank Capra sobre la segunda guerra mundial, *Why We Fight* (1943-45), sugiere un vínculo con la lucha contra el nazismo.

(7) Naturalmente, aparecieron también críticas globales a esta visión, así como posiciones escépticas acerca de la novedad del “nuevo terrorismo”. Para estas últimas, véase Crenshaw (2007). Paralelamente, se multiplicaron los estudios enfocados en un aspecto particular de la cuestión, el de “la mujer terrorista”, muchos de ellos referidos especialmente a la mujer islámica; entre otros, figuran los de Ali (2005), Garrison (2006), Shedd (2006) y Von Knop (2007). Existen ciertos nexos conceptuales entre esta cuestión y uno de los argumentos justificatorios secundarios de la guerra contra el terror, la opresión de la mujer por los regímenes fundamentalistas islámicos (Steans 2008).

(8) “Doble atentado suicida en el Metro de Moscú: 38 muertos”, *Clarín*, 30-3-2010.

(9) “Moscú: terror por dos mujeres suicidas”, *La Nación*, 30-3-2010.

(10) Pilar Bonet, “Matanza terrorista en el metro de Moscú”, *El País*, 30-3-2010.

(11) Greg Miller y Peter Finn, “Suicide bomber hits station next to Russia’s top security agency”, *The Washington Post*, 30-3-2010. Más cautelosos, *Le Monde* y *The New York Times* prefieren inicialmente describir los hechos y abstenerse de interpretaciones: véase “Explosions meurtrières dans le métro de Moscou”, *Le Monde*, 29-3-2010, y Clifford J. Levy, “Subway Blast Kills Dozens in Moscow”, *The New York Times*, 29-3-2010.

(12) “Doble atentado suicida...”, cit. *supra*; Pilar Bonet, cit. *supra*. *Le Monde*, aunque más crítico desde el comienzo de la represión rusa en Chechenia, titula atribuyendo el atentado, de manera vaga, al “caos del Cáucaso” (Marie Jégo, “Attentats de Moscou: la piste du chaos caucasien”, *Le Monde*, 30-3-2010).

(13) “Un enemigo de Moscú resurge con nueva cara”, *La Nación*, 1-4-2010.

(14) Entre ellas, Pilar Bonet, “Umarov, el emir del Cáucaso”, *El País*, 1-4-2010; “L’Emirat du Caucase revendique les attentats de Moscou”, *Le Monde*, 1-4-2010; “La guerrilla chechena reivindicó los ataques al subte de Moscú”, *Clarín*, 1-4-2010; Ellen Barry, “Chechen Rebel Says He Planned Attacks”, *The New York Times*, 1-4-2010.

(15) El destacado en cursiva es nuestro.

(16) Se trata de las llamadas “guerras chechenas”, en las que tropas rusas combatieron al movimiento independentista. La primera se desarrolló entre 1994 y 1996. La segunda comenzó en 1999; Rusia proclamó oficialmente el fin de las “operaciones antiterroristas” en Chechenia en abril de 2009.

(17) “Doble atentado suicida...”, cit *supra*.

(18) Pilar Bonet, “Un polvorín en el Cáucaso”, *El País*, 30-3-2010.

(19) Philip P. Pan, “Russia braces for terrorism’s return as 38 die in subway bombings”, *The Washington Post*, 30-3-2010. Aquí y en todos los demás casos las traducciones nos pertenecen.

(20) Laura J. Varo, “Las ‘viudas negras’, la nueva arma de los terroristas”, *El País*, 31-3-2010. Véanse también Adriana M. Riva, “Las ‘viudas negras’, el arma más letal de la guerrilla chechena”, *La Nación*, 30-3-2010 y Marie Jégo, “La vengeance des ‘veuves noires’”, *Le Monde*, 31-3-2010. Para un desarrollo anterior del tema de las “viudas negras” islámicas, fuertemente crítico de los tratamientos convencionales, véase Sjoberg y Gentry (2007).

(21) Véase la presentación fotográfica “Endeuillée, Moscou pleure les victimes du double attentat-suicide”, *Le Monde*, 30-3-2010. Asimismo, Rubén Guillemi, “Golpearon donde más duele”, *La Nación*, 30-3-2010; Clifford J. Levy, “Russia Mourns Attack Victims and Considers Its Response”, *The New York Times*, 31-3-2010; Ellen Barry, “Attacks Reawaken Worry of Guerrilla War in Caucasus”, *The New York Times*, 30-3-2010.

(22) Robert A. Pape, Lindsey O’Rourke y Jenna McDermit, “What Makes Chechen Women So Dangerous?”, *The New York Times*, 31-3-2010. Cuatro días después, *Clarín* publicó, sin firma, una traducción abreviada, en la que se observan algunas variantes significativas: entre otras, el título cambia hasta casi invertir su sentido, las “atacantes suicidas” (*suicide attackers*) chechenas son elevadas al rango más digno de “combatientes” y desaparece la referencia a las víctimas inocentes que marchan hacia sus ocupaciones diarias (“Viudas negras, cuando la opción es matar o morir”, *Clarín*, 4-4-2010).

(23) “El terrorismo y la paz”, *La Nación*, 2-4-2010.

(24) Jorge Elías, “El mito del eterno retorno”, *La Nación*, 4-4-2010.

(25) “Barbarie-répression, la spirale caucasienne”, *Le Monde*, 3-4-2010.

(26) Hinde Pomeraniec, "La guerrilla chechena, otra vez terror y pesadilla para el gobierno ruso", *Clarín*, 4-4-2010. Las cursivas que aparecen en el texto citado son nuestras.

(27) "Terrorismo en Rusia y en el Cáucaso", *Clarín*, 9-4-2010.

(28) Masha Lipman, "How Russia nourishes radical Islam", *The Washington Post*, 5-4-2010.

(29) *Clarín*, "Viudas negras...", cit. *supra*; Ellen Barry, "Medvedev Calls for Rrough Tactics Against Militants", *The New York Times*, 2-4-2010; "Russia security chief says 170 militants detained", *The Washington Post*, 13-4-2010.

(30) Michael Schwartz, "After Attacks in Russia, Fears of Xenophobia", *The New York Times*, 6-4-2010.

(31) Las estrategias norteamericanas tampoco se condicen demasiado con esa imagen. Pero en este terreno, la ideología hegemónica en Occidente es sostenida discursivamente en los principales medios de comunicación desde supuestos esencialistas: los Estados Unidos y el bloque occidental aparecen, explícita o implícitamente, como democrático-liberales "por naturaleza", y a lo sumo se discute si determinadas políticas respetan o no dicha esencia.

(32) Sobre los intereses norteamericanos en estas áreas, véase Amineh y Houweling (2005).

(33) El eurasiatismo, una corriente intelectual y política que tiene como principal referente a Alexander Dugin, es heredera de líneas de pensamiento que se remontan a la era zarista. Sobre la trayectoria de esta corriente, véase Humphrey (2002) y Bassin (s/f). Sobre sus presuntas tendencias fascistas, sus lazos con la extrema derecha europea y el lugar de los eurasiatistas en el *establishment* político y académico ruso, Umland (2009a y 2009b).

(34) Significativas al respecto son las publicaciones de los analistas de la Heritage Foundation; véase, por ejemplo, Cohen (2007 y 2010).

Bibliografía

ALI, Farhana (2005). "Muslim Female Fighters: An Emerging Trend". *Terrorism Monitor*, III (21), pp. 9-11.

ALTHEIDE, David (2007). "The Mass Media and Terrorism". *Discourse & Communication*, 1 (3), pp. 287-308.

AMINEH, Mehdi y Henk Houweling (2005). "The Geopolitics of Power Projection in US Foreign Policy: From Colonization to Globalization". En: M. Amineh y H. Houweling (eds.). *Central Eurasia in Global Politics. Conflict, Security, and Development*. Leiden, Brill.

BASSIN, Mark (s/f). *Eurasianism "Classical" and "Neo": The Lines of Continuity* (http://src-h.slav.hokudai.ac.jp/coe21/publish/no17_ses/14bassin.pdf; acceso: 1-5-2010).

BENHABIB, Seyla (2007). "Guerras profanas". *Papers*, 84, pp. 67-80.

BEN-PORATH, Eran N. (2007). "Rhetoric of the Atrocities: The Place of Horrific Human Rights Abuses in Presidential Persuasion Efforts". *Presidential Studies Quarterly*, 37 (2), pp. 181-202.

BERGEN, Peter (2008). "Al Qaeda, the Organization: A Five-Year Forecast". *The Annals of American Academy of Political and Social Science*, 618, pp. 14-30.

BERGESEN, Albert J. y Omar Lizardo (2004). "International Terrorism and the World System". *Sociological Theory*, 22 (1), pp. 38-52.

BUSH, George W. (2001). *Address to a Joint Session of Congress and the Nation*. (http://www.washingtonpost.com/wp-srv/nation/specials/attacked/transcripts/bushaddress_092001.html; acceso: 9-7-2010).

COHEN, Ariel (2007). "Russia's New Middle Eastern Policy: Back to Bismarck?". *Jerusalem Viewpoints*, 6 (25).

- COHEN, Ariel (2010). "Russian Anti-Americanism: A Priority Target for U.S. Public Diplomacy". *Backgrounder*, N° 2373.
- COLLET, Tanja (2009). "Civilization and Civilized in Post 9-11 Presidential Speeches". *Discourse & Society*, 20 (4), pp. 255-275.
- CRENSHAW, Martha (2007). *The Debate over "New" and "Old" Terrorism*. Paper prepared for presentation at the Annual Meeting of the American Political Science Association, Chicago, Illinois (http://www.start.umd.edu/start/publications/New_vs_Old_Terrorism.pdf; acceso: 28-4-2008).
- DOMENACH, Jean-Marie ([1955] 2005). *La propaganda política*, Buenos Aires, Eudeba.
- ELSHTAIN, Jean Bethke (2004). *Just War on Terror*. New York, Basic Books.
- FORSTER, Stig (2007). "Total War and Genocide: Reflections on the Second World War". *The Australian Journal of Politics and History*, 53 (1), pp. 68-83.
- GARRISON, Carole (2006) "Sirens of Death: Role of Women in Terrorism. Past, Present, and Future". *Varstvoslovje*, 8 (3/4), pp. 332-339.
- HALFMANN, Jost (2003). *Fundamentalist Terrorism. The Assault on the Symbols of Secular Power*. University of California, Institute of European Studies, Occasional Papers.
- HUMPHREY, Caroline (2002). "Eurasia, Ideology and the Political Imagination in Provincial Russia". En: C. M. Hahn (ed.). *Postsocialism. Ideals, Ideologies and Practices in Eurasia*. London/New York, Routledge.
- INSTITUTE of American Values (2002). *What We're Fighting For. A Letter from America*. (<http://www.americanvalues.org/wwff.pdf>; acceso: 9-7-2010).
- NOFI, Albert A. (2006). *Recent Trends in Thinking about Warfare*. Alexandria, The CNA Corporation.
- NYGREN, Bertil (2008). *The Rebuilding of Greater Russia. Putin's Foreign Policy towards the CIS Countries*. London/New York, Routledge.
- PERELMAN, Chaim y L. Olbrechts-Tyteca ([1958]1989). *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid, Gredos.
- RUSSELL, John (2007). *Chechnya. Russia's "War on Terror"*. London/New York, Routledge.
- SELEZNEVA, Ludmilla (2003). "Post-Soviet Russian Foreign Policy: Between Doctrine and Pragmatism". En: Rick Fawn (ed.). *Realignments in Russian Foreign Policy*. London, Frank Cass Publishers.
- SHEDD, Juliette (2006). *Understanding Female Terrorists: An Analysis of Motivation and Media Representation*. Paper prepared for delivery at the 2006 Annual Meeting of the American Political Science Association. (http://www.allacademic.com/meta/p_mla_apa_research_citation/1/5/3/2/8/pages_153284/p153284-1.php; acceso: 14-7-2010).
- SJOBERG, Laura y Caron E. Gentry (2007). *Mothers, Monsters, Whores. Women's Violence in Global Politics*. London/New York, Zed Books.
- STEANS, Jill (2008). "Telling Stories about Women and Gender in the War on Terror". *Global Society*, 22 (1), pp. 159-175.

TAYLOR, Philip M. (2003). *Munitions of the Mind. A History of Propaganda from the Ancient World to the Present Era*. Manchester/New York, Manchester University Press. Tercera edición.

UMLAND, Andreas (2009a). "Fascist Tendencies in Russia's Political Establishment: The Rise of the International Eurasian Movement". *Russian Analytical Digest*, 60, pp. 13-17.

UMLAND, Andreas (2009b). "Pathological Tendencies in Russian Eurasianism". *Russian Politics and Law*, 47 (1), pp. 76-89.

VON KNOP, Katharina (2007) "The Female Jihad: Al Qaeda's Women". *Studies in Conflict & Terrorism*, 30, pp. 397-414.

WALZER, Michael (2007): "On Fighting Terrorism Justly". *International Relations*, 21 (4), pp. 480-484.

WITKER, Ivan (2005). "Occidente ante las nuevas tipologías de terrorismo". *Estudios Públicos*, 98, pp. 227-253.

PABLO COSTANTINI

Es Profesor en Historia (UBA). Ha sido entre 1984 y 1993 docente de Historia Contemporánea en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador. Desde 1988 se desempeña como docente e investigador en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Luján, en el que es desde 2006 profesor titular ordinario y del que fue Director Decano entre 2001 y 2005. Investiga en historia contemporánea, teniendo como objetos principales, sobre los cuales ha publicado diversos artículos, el nazismo, los discursos y prácticas genocidas y la violencia política. En el campo editorial, entre numerosas otras actividades, fue director de la "Biblioteca Argentina de Historia y Política", publicada por Hyspamérica Ediciones Argentina entre 1985 y 1988.

MARÍA CECILIA PEREIRA

Es Profesora en Letras (UBA). Desde 1987 es investigadora y docente de Semiología en la Universidad de Buenos Aires. Ha dictado cursos y seminarios en diversas carreras de posgrado desde 1999 hasta la fecha, en esa y otras instituciones. Codirige, actualmente, el Proyecto *Planeamiento del lenguaje en el MERCOSUR: estudio glotopolítico y propuestas para la enseñanza media*, en el marco de las investigaciones de la Agencia Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Es directora de la Carrera de especialización en prácticas Sociales de Lectura y Escritura y coordina la Subsede de la Cátedra UNESCO en Lectura y Escritura de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Ha publicado recientemente varios libros vinculados a la didáctica de la lectura y la escritura en el nivel superior y numerosos artículos especializados en esta temática y en análisis del discurso.